

- V A L E R I A -

Cuento Fantástico  
Azul

-

Erase que se era un país azul en tierras remotas.

Lo llamaban el país azul, por antonomasia, porque era azul indigo su cielo; azules sus enhiestas montañas; azules los ojos de sus doncellas; azulada era su atmósfera, y sus aves tenían todas el plumaje azul.

En ese país había un rey que vivía en un castillo enclavado en la falda de una montaña y guardado por puentes elevadizos, soldados, baluartes, bastiones, y además dos fieros leones de mármol blanco y dos dragones de rojo púrpuro.

El rey tenía a su esposa y a una hija que se llamaba Valeria, vivía completamente alejado de sus súbditos, y hasta él no llegaban ni los ecos de su felicidad ni el doloroso gemido de sus desgracias.

La niña crecía como una flor de invernadero, siempre sola, siempre triste, como una rosa que se mustia sobre el borde de un jarrón de Sajonia.

Todos los encantos de la vida rodeaban a Valeria; no obstante, la niña languidecía como falta de luz y de calor.

Sus mejillas, que envidiaran las rosas de Francia, se desvaían; su boca, que como una granada abierta en plena madurez, encerraba sus pálidos marfiles, permanecía hermética a la risa, sus ojos matirizaban su azul en desgarradoras nubes de ojeras, apagando sus luces, y sus dedos de lirio, temblaban traslúcidos como un varillaje de marfil.

El cabello, del color de la miel, yacía en lánguidos bucles sobre sus hombros fatigados, y todo en ella revela-

ba el cansancio de la vida a la tierna edad de diez años.

Su hada madrina, solía visitarla a menudo, y traerle ricos presentes, sin que jamás pudiese disipar la honda tristeza de Valeria; la niña languidecía, languidecía como una rosa que se mustia en el borde de un jarrón de Sajonia.

En distintas ocasiones habían consultado los reyes con el hada madrina; pero ésta, no obstante su saber, no podía dar con la clave que originaba la nostalgia de la niña.

En el castillo, rodeado de hermosos bosques seculares, había reunido el cariño paterno todos los refinamientos del lujo, y, ante la visible decadencia de la princesa, no podía, en verdad, concebir el motivo de esta melancolía.

La edad de Valeria era la edad maravillosa en que cada día es un himno entonado a la felicidad.

Poseía en su palacio todas esas divinas distracciones que a un niño rico, -mucho más si es príncipe- rodean; estaba en posesión de preciosos e incomparables juguetes de raro mecanismo, fabricados expresamente para ella; todos respondían a un nuevo capricho de la fantasía; era dueña de dos grandes salones; uno de juego con aparatos propios para desarrollar los músculos y dar expansión al cuerpo; y el otro de música, en el cual, y por distraer a la pequeña rosa, se ensayaban bailes que organizaba el director con las damas de la corte; se revivían los majestuosos minués y las elegantes pавanas.

En su jardín las acacias en flor exhalaban un perfume nupcial; las abejas de élitros de oro, labraban los más

ricos panales de exquisita miel rubia, como el cabello de Valeria; las arañas tendían sus irisadas mallas de sutiles hijos plateados sobre las plomeadas araucarias, tejiendo encajes milagrosos; los cisnes arqueando las niveas eses de sus cuellos terminados en una interrogación color de rosa, hundíanse en los azules cristales del estanque; el lago, como un espejo azul, le brindaba en su tersa superficie graciosas góndolas con ramos de oro; los pavos reales desplegaban en su honor las líras de sus colas, recamadas con preciosas gemas, mientras las palomas estriaban el césped, con sus patitas de coral y los cerdos pascuales balaban a su alrededor, brindándole los suaves armiños de sus vellones.

Todo cantaba en torno de Valeria; ella sólo enmudecía...

Una noche, cuando todos dormían en el castillo, se presentó el hada, y, con mucho sigilo, penetró en las habitaciones de un sabio que vivía en él, y era el ayo y preceptor de Valeria; tenía a su cargo su educación moral y material, y la quería con cariño idólatra.

Hablaron largamente el hada y el anciano, y, por un rayo de luna, como había venido, se remontó el hada, perdiéndose en la cimera de una de las azules montañas.

Al día siguiente, era una mañana de primavera, el sol apareció, como un inmenso disco de oro, por detrás de las sierras, y tomando el ayo a la niña de la mano, salió con ella en dirección al campo.

Valeria iba ricamente vestida, y los rizos de color de miel de su cabello, se escapaban bajo las enormes alas

de un sombrero de paja fina, cubierto todo él de anémonas de color de rosa; pero la niña iba triste, como una rosa desmayada al borde de un jarrón de Sajonia.

La mañana era espléndida; un canto a la Creación. Los verdes terciopelos de los musgos esmaltados por la nevada bruma del rocío, semejaban fibulas de pedrería de líquidos brillantes, y los árboles, desplegando los parasoles de sus copas inmensas, rompían en brotes de un verde tierno, percibiéndose los besos de los botones al estallar dentro de su envoltura vegetal; en las orillas de los riachuelos, los lirios de largos tirsos se mecían cimbradores por mirarse en sus cristales, y las rosas enviaban a la brisa mensajes de amor.

Admirando la Naturaleza, embebecida con el vuelo incesante de los pajarillos, que describían lindas parábolas en el azul del cielo, avanzó la niña algunos pasos, perdiéndose en un recodo de la senda, de la vista del ayo, el cual, por otra parte, ensimismado en la contemplación del paisaje y dominado por una profunda preocupación, marchaba a alguna distancia de Valeria.

Caminaba ésta sin dirección fija, cuando al pasar cerca de un riachuelo, hirió sus oídos un rumor de voces infantiles, sonoras risas, algo así como el desgranar de cascabeles de plata, como una música, vibraba en el aire cristalino, rumor de esquilas en la maravillosa égloga de los campos.

Acercóse al sitio de donde partía aquel inesperado himno a la vida, y vió, entre curiosa y asombrada, un gru-